

EL ANIMAL MAS VECINO AL HOMBRE

Ningún animal transita tanto por la historia, el amor, la economía y la pasión del hombre como el caballo. Los estudios de los simios pueden buscarles parentescos con el hombre. Los amantes de los perros hacen de ellos modelo de fidelidad y vigilancia. Los devotos de los gansos dicen otra cosa, y citan el ejemplo de Roma traicionada por los canes y salvada por las ocas.

Todas las especies de animales han tenido siempre, entre los hombres, un grupo de cultores, admitadores y defensores, pero ninguna ha contado con la humanidad tan cerca de sí como la caballar, porque ninguna le es tan útil, tan grata y tan estéticamente agradable, aunque los polemistas de la belleza digan que el ave del paraíso, el faisán o el pavo real, en celo, sean más "lindos". Sería una discusión larga entre la belleza del colibrí y la del caballo, que tendría que resolverse por lo bello en proporciones, fuerza, movimiento y plástica, contra lo "lindo" en miniatura.

HISTORIA

Entre las divagaciones placenteras que puede uno hacer sobre los días de la creación, cabe la de situarse, por ficción, en aquella mañana de la creación, cuando la omnipotencia del Hacedor creó los animales. Desfilan leones, tigres y panteras rampantes; elefantes, mamuts y rinocerontes de tarda y pesada mole; los reptiles cascabelescos luciendo al sol el coral y el azabache de sus anillos; las aves, en su infinita variedad, desde las de presa y cetrería, en su caudalosa multiplicidad, hasta la ingenua placidez del gorrión y del canario; los peces en sus mil características, y toda la restante gama de los seres vivos desde los corpúscu-

los infinitesimales hasta los dragones legendarios.

Pero ninguno, en aquel dominio de la vida animal, reina tanto, por derecho propio, como el caballo. Tiene de los rampantes la garra poderosa, menos afilada, pero más contundente; de los ciervos el oído atento y la movilidad desplazante, igual en agilidad pero superior en resistencia; de las aves reales el fiero garbo y la luciente apostura, y supera a todos por la armoniosa proporción de sus miembros y por la plasticidad de sus formas.

Equivocada anduvo la imaginación del hombre cuando dio el cetro de los animales al león. Olvidó cómo el relincho es más sonoro, más musical y más vibrante que el rugido. Hay entre los dos la misma diferencia que entre el clarín y el cuerno.

Hay, sin embargo, una explicación de este error: el miedo. El caballo no inundía temor, sino admiración; el león, en cambio, aterrorizaba y así fue como el hombre, por físico susto, adjudicó el reinado al león. Por persuasión cariñosa, buscó su alianza en el caballo.

Es curioso ver cómo, mientras el hombre primitivo, idólatra y gregario, buscaba la ferocidad de los animales más nocivos para hacer de ellos totems temibles, símbolos de clases o distintivos de tribus, halló, en cambio, en el caballo, colaboración desde el primer momento. No lo divinizó, porque no le temía, pero cuando la idea de divinidad fue evolucionando, sí lo buscó como el instrumento para presentarse a sus dioses.

Así, a caballo, los jóvenes atletas de la Hélade feliz, en sus anuales peregrinaciones religioso-deportivas al Olimpo.

Ya desde entonces el hombre manifes-

taba su pasión y su gratitud por el caballo que luego llegó a la expresión artística del mismo. Ningún animal ha servido más como motivo de arte que el caballo. La historia del arte conocido, desde Fidias, está llena de caballos y es posible que ningún artista de verdad haya muerto, o muera hoy en el mundo, sin haber tratado en alguna forma el tema ecuestre.

LA GUERRA Y EL AMOR

La guerra, la religión y el amor, son tres sentimientos primarios y eternos del hombre, a los cuales en una y otra forma, sobre todo a la guerra y al amor, el caballo ha estado siempre unido. Si de Fidias a Leonardo, a Verrochio y a Botticelli, el caballo ha sido motivo de tema de arte, de Nabucodonosor al Coronel Bettoni, ha constituido siempre un instrumento de guerra humana.

La historia militar, desde las primeras luchas, retumba ante el galope de los corceles de guerra, ya sean estos montas de capitanes o soldados, o ya estén uncidos a los carros de combate. A tal punto llegó la identificación del soldado con el caballo, que la paganizante imaginación creó el mito del centauro, que no es otra cosa que la inteligencia del hombre equipada con la fuerza del caballo, binomio militar extraordinario para la técnica guerrera de entonces. Corceles y jinetes pueblan las páginas de la gesta y la epopeya, el mundo, desde los primeros días de la guerra humana. Y todavía hoy, donde quiera un pueblo erige un monumento a un soldado, encuentra el mejor símbolo épico en fundir e identificar en el bronce la figura del capitán y del caballo.

Si de la Historia Universal descendemos a la Historia Americana, encontramos que la conquista y la colonia se hizo al trote sobre las vértebras de nuestros Andes. Los caballos de los conquistadores son protagonistas de esta crónica, como los conquistadores mismos.

El caballo, aliado del hombre en las

guerras, es decir, en el odio, no lo ha sido menos en el amor. La guerra y el amor aunaron siempre a jinetes y caballos y, en rivalidades eróticas, la dama disputada casi siempre escogía como título para su predilección la victoria en las justas tradicionales, que fueron una forma ennoblecida de duelo, sin las repugnancias morales y sociales que vinieron luego, cuando este rito se convirtió en convencional formalismo para dirimir disputas, con otras armas y otras pasiones menos nobles. La literatura caballeresca, que ocupa tantos capítulos y tantos siglos de la cultura europea, otra cosa no es sino el campo del amor y de la guerra en sus dos mejores protagonistas: el palafreñ y el soldado.

EL DEPORTE

El caballero era realmente un deportista del amor y de la guerra, de tantas guerras que se hicieron por amor y de tantos amores que se hicieron por guerra. El Ingenioso Hidalgo, de Miguel de Cervantes Saavedra, es el compendio de toda esa literatura que se epiloga en Rocinante y Don Quijote y que, aunque termina allí, como en su máxima culminación, se prolonga hasta nosotros en el romancero, canto típico de la gesta ecuestre y de la hazaña amorosa, en todas las naciones cultas, que tuvo su mejor manifestación en la época romántica, especialmente en Austria y España, donde el piafante y enjaezado corcel era inseparable del galán y del militar.

Cuánto fue el aprecio del hombre por el caballo, nos lo relatan mil documentos de piedra, mármol, granito, bronce, tinta y papel. Ya es Calígula que levanta una estatua a su noble bruto, o son los Saboya que en el siglo pasado erigen, en Turín, un palacio como armería real para exhibir, disecados, sus mejores ejemplares, tan conservados hoy como en los días de sus desfiles triunfantes; ya son los emperadores germánicos que construyen castillos, como el mayor de Visburgo, donde no había baños para las damas, pero sí para los caballos, y en donde

se subía, a caballo, por escaleras, a los salones del segundo piso, como privilegio a los valientes.

Ya en el siglo XVII, el caballo de armas y el caballo de deporte forman escuela en las cortes europeas y nace toda una técnica sobre su crianza, adiestramiento y entrenamiento, con sus propias reglas, arte y literatura.

Predominaban por entonces en Europa dos estilos al respecto: el inglés y el francés. Los ingleses eran y son partidarios de domar y entrenar al caballo con el minimum de limitaciones a sus facultades naturales, permitiendo al animal el desarrollo de estas dentro de un maximum de libertad que le permitiera lo que en el típico estilo británico de equitación se llamó "el natural desarrollo y empleo de las propias fuerzas, facultades y aptitudes del animal"...

Los franceses, en cambio, encabezados por Baucher, caballero real que llegó a ser un verdadero tratadista del arte de domar, adiestrar y montar caballos, abogaban y aplicaban, y aún aplican, un sistema más artificial, consistente en preparar el animal para el empleo de sus propias fuerzas y aptitudes, pero según sistemas que las limitan y permiten al jinete un mayor dominio en cualquiera de los episodios de la equitación, especialmente en la conducción. Así, un caballo francés solo terminaba su preparación cuando estaba perfectamente obediente a las ayudas e intenciones del jinete, totalmente en la rienda, absolutamente suelto, pero también integralmente reunido, según la clase de ejercicios que el jinete quisiera pedir de él, lo mismo en la alta escuela que en el salto.

Aún antes de esta polémica galo-británica, los españoles tenían ya su propia escuela, de indudable ascendencia árabe o mora, pero con modalidades peculiares hispánicas, consistentes en exagerar el artificio francés hasta el punto de someter totalmente el animal a la voluntad del jinete, no solo mediante ejercicios gimnásticos y hábitos instintivos del animal, pero formados por el hombre, sino tam-

bién a través del empleo de aperos excesivamente duros que llegan a ser bozal metálico, el freno de palanca rígida con bocado, la silla grande y pesada, las espuelas punzantes y rasgadoras, todo lo cual limita, por un lado, las aptitudes del caballo, pero permite el caballero estimularlas repentina y eficazísimamente, en determinado momento. El sistema es poco deportivo. Estos utensilios que no son más que una ayuda artificial, para la a veces poca habilidad del jinete, comparados con la suavidad, ligereza y liviandad del apero inglés de cabeza, de boca y de lomo, nos da la diferencia entre una y otra escuela y la explicación del por qué también la diferencia de aires y ejercicios.

La técnica moderna de la equitación ya no tiene nada que ver con este estilo español, aunque perdure en España y en Austria en lo que a alta escuela se refiere. La humanización de esa técnica preconizada por los ingleses, fundida en el término medio de los franceses, influenciada definitivamente por los alemanes y los italianos, ha producido ya una escuela universal en el arte de domar, adiestrar, entrenar y montar, con un patrón único hoy para el caballo de armas y el caballo de deporte, que pudiéramos decir es una escuela ecléctica, donde debe predominar el ingenio, el talento y la habilidad del jinete, en el aprovechamiento y conducción de la fuerza del caballo, sin limitarla a más aperos de excesivo peso o dureza, pero haciéndolo dócil y obediente a las intenciones del hombre, mediante la formación de gimnasia y hábitos de educación en el animal.

Es importante saber cómo actúa el hombre sobre el caballo, cómo lo instruye, cómo lo educa. El hombre no puede medir su fuerza con la del bruto. Le gana siempre el bruto. Tampoco puede usar los crueles instrumentos de dominio de las antiguas escuelas española y portuguesa. Son un algo de treta y mucho de fraude deportivo, porque con ellos predomina la acción mecánica. Tampoco, en una sana filosofía, puede pensarse ya en la inteligencia del caballo" de que ha-

blan todavía algunos manuales de equitación entre ellos el oficial del Ejército de Colombia.

Para actuar sobre el caballo y educarlo, hay que aprovechar, entonces, su *desarrollado instintivo*, su *permeable* y *vivo* temperamento, su extraordinaria memoria sensitiva y locativa, su nobleza, su gran respeto por el hombre, su temor al castigo, a través de asociación de sensaciones y repetición de actos que forman en él hábitos perdurables.

EL CABALLO DE DEPORTE Y EL CABALLO DE ARMAS

Estos dos especímenes se confundieron en una época, pero luego lentamente fueron separándose y hoy vemos que, mientras el caballo de arma pierde terreno todos los días, por la mecanización de los ejércitos, donde estos se han mecanizando, y prácticamente desaparecido en las naciones técnicamente más progresadas como en Estados Unidos, donde las fuerzas armadas cuentan más generales que caballos, el caballo de deporte ha ganado en ascendencia, número e importancia. Es preciso distinguir que el caballo de carreras no es un caballo de deporte, porque se ha utilizado, en casi todos los hipódromos del mundo, como instrumento de juego y azar —oro bajo los cascos— y que los tahures lo han transformado, casi en todas partes, en una herramienta más de su arriesgada hazaña de dudosa moral, que va también tiene en las crónicas de la tahurería universal episodios de delincuencia mayor, en la cual el pobre bruto es auenas víctima inocente de la codicia maliciosa del hombre.

El caballo de deporte se divide, específicamente hablando, en caballo de caza, caballo de paseo, caballo de salto, caballo de prueba completa y caballo de adiestramiento.

Es curioso observar como, mientras la técnica, la civilización y el progreso absorben cada día más al hombre, este, por defensa natural contra el artificio, regre-

sa cada día más a la naturaleza, al animal y especialmente al caballo. Argentina, Rusia y Alemania, constituyen, en relación a su población y al uso del caballo, los tres centros vitales de población equina. Alemania durante la última guerra dio la orden de sacrificar y enlatar todos los caballos que no tuvieron un uso militar directo, pues la ración alimenticia no alcanzaba siquiera para los humanos, en los últimos años del conflicto. Se vieron casos de propietarios de caballos que desafiaron las penas de contravención, escondieron sus caballos y compartieron con ellos la exigua ración.

En Colombia el florecimiento de la equitación deportiva y militar, en los últimos diez años, es extraordinario. En Bogotá, existen cuatro clubes civiles bastante bien organizados y con excelentes ejemplares de primera categoría; uno en Medellín, uno en Cali, uno en Manizales y otro en Bucaramanga. Las Fuerzas Armadas tienen a su vez, clubes hípicos en Bogotá, Yopal, Cúcuta y Pasto.

ECONOMIA DEL CABALLO

Indudablemente el caballo, por ser el animal que más necesidades humanas satisface, es un elemento importante en la economía, incluso en la alimentación, ya que en Europa la carne de caballo es también usada para la dieta humana.

En Colombia habrá que distinguirlos según sus diferentes tipos, cuyo precio es el mejor índice económico.

Caballo de labor y transporte de carga, precio entre \$ 250 y \$ 600.

Caballo de paso castellano para montar, entre \$ 600 y \$ 6.000.

Caballo de armas para tropa, sin entrenar, entre \$ 1.000 y \$ 2.000.

Caballo de armas para oficial, sin entrenar, entre \$ 2.000 y \$ 3.000.

Caballo de deporte para salto, sin entrenar, entre \$ 2.000 y \$ 4.000.

Caballo de deporte para alta escuela, adiestrado, entre \$ 15.000 y \$ 30.000.

Caballo de salto de 7 a 10 años, de segunda categoría, con opción a primera, vale en Colombia entre \$ 12.000 y \$ 20.000.

Caballo de pura sangre inglesa, nacido en el país, entre 2 y 3 años, para entrenar para carreras, vale entre \$ 20.000 y \$ 40.000. El mismo tipo importado, entre \$ 30.000 y 50.000.

LA CRIA DEL CABALLO EN COLOMBIA

A excepción del pura sangre inglés de carreras, cuya producción aumenta visiblemente en el país, dado el auge extraordinario que las carreras toman en nuestro medio, la cría de los otros tipos de caballo ha disminuído notablemente por los costos elevados que implica y la relativamente escasa demanda.

Tomado de la Revista «Lámpara»